



**SEÑOR EMILIO GOMEZ PINZON**  
Interno de la Clínica Neurológica, quien falleció recientemente.

**Palabras pronunciadas en el Salón de Maternidad del Hospital de  
San Juan de Dios, por el Profesor**

**NICOLAS BUENDIA**

¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria!, dijo el poeta latino, y en ningún momento tiene su lamento doloroso, un sentido de verdad más brutal que en éste, en que se ha llevado en sus brazos descarnados

Revista de la Facultad de Medicina—Bogotá.

a nuestro discípulo y amigo Emilio Gómez, que ayer nada más, estaba con nosotros, sano y alegre, como cumple a quien ha traspasado apenas los linderos de la adolescencia.

He querido que estas sencillas palabras que la amargura arranca al maestro y al amigo sean dichas aquí, apacible recinto en donde en ritmo invariable y continuo obran las dos fuerzas directoras de la humanidad; el sufrimiento y la ciencia, y en donde en misteriosa conjunción, se unen el gran dolor de nacer y el gran dolor de morir. Aquí templaba su espíritu para prepararse a la lucha sin tregua que libra el médico contra la enfermedad y la muerte, cuando ella, traidora y áleve, lo arrebató de entre nosotros, y entrega a la tierra su cuerpo juvenil; empero, nada puede contra su espíritu robusto que, como la flor al beso del sol, se abre a la vida perfecta e inmortal.

Breve fue en verdad su existencia, mas también plena. Si como dirá el poeta: “duró tan sólo lo que dura un sol”, su esencia verdadera que es el espíritu, perdura sublimado en el recuerdo, porque supo caer laberando sobre el surco como el siervo fiel de la parábola evangélica.

Discreto y modesto, afable y laborioso, con una inteligencia superior, fueron los rasgos culminantes de Emilio; hermoso conjunto, que hizo de él una personalidad singularmente atractiva y servidora. En el enigma torturante de la muerte, se pregunta el espíritu angustiado: ¿por qué ella elige como víctimas primeras las almas de selección? Acaso por la misma Ley misteriosa y cruel que hace que la ráfaga del ábrego inclemente, no toque a la zarza ni al abrojo que se arrastran, y se ceba inmisericorde en el árbol joven, que se yergue vigoroso, en medio del campo florecido y fecundo.

Duerma en paz, amigo y discípulo querido, en la tumba que es también cuna, donde incubas la vida inmortal, cuna adornada amorosamente con las flores del recuerdo que vivirán frescas y lozanas, al riego fecundante y divino de las lágrimas que se vierten desoladas en el hogar distante.